

## Me acuerdo de...

Javier de Cambra

*El Urogallo*, n°114, noviembre 1995, ps. 63-65

Me acuerdo de Louis Armstrong sonando en casa mientras mi padre y mi madre bailan. También una versión terriblemente *swing* del *Bésame mucho* y calypsos de los Nicholas Brothers. Yo era el niño que pidió una guitarra cuando la fiesta esa de los siete años: ganó la máquina de escribir y aprender a escuchar.

Me acuerdo de Dexter Gordon, de su voz, la construcción de sus frases y siempre evitando una respuesta trivial aun cuando algunas preguntas lo son, en una rápida entrevista. Me acuerdo de la generosidad permanente de Dexter, su interés por las personas que no se dedican a llamar la atención sobre sí mismas, su definitivo aspecto de hombre dueño de sí mismo.

Me acuerdo de Dizzy Gillespie, del sonido solitario de su trompeta en el camerino del plató del fantasmagórico rodaje de *El invierno en Lisboa*. Me acuerdo de Dizzy llamando *brother* a Antonio Muñoz Molina. Me acuerdo de haber visto a Dizzy en cinco ciudades distintas en un mismo año, cuando Dizzy, a sus setenta, daba 300 conciertos al año, y a las cinco de la mañana aún estaba en el teclado, lección de armonía para su pianista, el joven panameño Danilo Pérez. Me acuerdo de que su vuelo salía tres horas más tarde.

Me acuerdo de Danilo Pérez, riendo, contando que a sus veintipocos le costaba seguir la marcha de Dizzy. Me acuerdo de un taxista lisboeta, que nos condujo de algún lado a otro de la ciudad, taxista que era testigo de Jehová y que nos quería enjaretar más de un ejemplar del *¡Despertad!*, en el idioma o idiomas que deseáramos, hasta que Danilo empezó a gritarle en buen panameño: «¡Hemos venido a Lisboa a ver muslos, piernas, encontrar mujeres! ¿Entiende usted? ¡Mujeres! Eso sí que es lo nuestro. ¡Ahí sí que andamos despiertos!».

Me acuerdo de que llegamos bien pronto a destino y me acuerdo de su continuo y excelente humor cuando escucho los muy buenos discos que Danilo está entregando como líder.

Me acuerdo de intentar ir siempre a los conciertos de Michel Camilo como *tabula rasa, sin idea preconcebida*, y sentirme, en seguida, frente al abanico de clichés.

Me acuerdo de Cecil Taylor, de su arte para pelearse con la manager, del enciclopédico concierto que dió en el San Juan Evangelista, de sus palabras llenas de sentido, en la entrevista, de la alegría que le anima cuando, al cabo, puede vivir de su música, de que bebía Moët & Chandon y zumo de pomelo, a pa- [63] chas; no hace falta probarlo para no olvidarlo.

Me acuerdo de los contrabajistas explicando cada vez al taxista que el instrumento sí cabe en el vehículo.

Me acuerdo del trombonista Frank Lacy, reconfortado a la simple entrada en el Candela, consulado del flamenco real en Madrid: «Aquí la gente tiene la piel más oscura».

Me acuerdo del pianista George Cables fundiéndose en abrazos con el cantaor Manuel El Agujetas. *Yujpiquinglŭ?*, le espeta Agujetas y me acuerdo de que de la última venta salimos al mediodía siguiente.

Me acuerdo de las palabras de Idris Muhammad escuchando a Agujetas, en Casa Patas, no precisamente entendiendo las palabras de sus cantos antiguos: «Es un narrador de historias, que habla de la vida y de la muerte desde lo más profundo de su corazón».

Me acuerdo del saxofonista Gary Bartz, de su rostro de pintor que ya ha encontrado su expresión, me acuerdo de la cocina ambulante que traslada en sus giras.

Me acuerdo de Barry Harris, el maestro paciente, el que sale el último del seminario porque siempre [64] hay un alumno más torpe, el que luego, de noche, va al concierto de Harris y se pasa la velada hablando bien alto, mientras Harris da clases a sus acompañantes y al alumno más torpe alguien le acaba hablando de loros y cotorras.

Me acuerdo de Don Pullen, de sus *clusters* en el piano, de la noche que cerraba una semana en el Central con los nudillos seriamente heridos y esa noche no dejó de percutir el piano con el envés de sus manos, recuerdo que al término del segundo pase el teclado estaba teñido de sangre.

Me acuerdo del saxofonista Joe Henderson, verdadero experto en fugas y el hombre más apacible al recibirte en camerino, me acuerdo de su convicción de, en anterior encarnación, llamarse José y haber nacido en España.

Me acuerdo de la primera vez que entrevisté a Chick Corea y de que si sostienes tu mirada frente a la suya te da la impresión de que te va a acabar dando dolor de cabeza. Me acuerdo de que Chick Corea repite exactamente los mismos chistes de presentación de los temas en los sucesivos conciertos de una gira, me acuerdo de que no es por falta de ingenio, sucede que Corea ha estudiado técnicas de comunicación.

Me acuerdo de José Ramón Rubio, imbatido crítico, comentarista y narrador del jazz en la prensa española. Me acuerdo de todos los que deseamos volver a leer a José Ramón Rubio.

Me acuerdo de David Liebman, de, con el compare, jugar a los hermanos Marx en un palacio de Lisboa donde Liebman impartía seminario, y me acuerdo de un diálogo anterior, a su pregunta de si soy músico: «No, yo escucho» y su pronta réplica: «Es lo mismo».

Me acuerdo de Jorge Pardo que sabe que es músico y es cierto.

Me acuerdo de haber batido una vez (ciertamente que una sola vez) al baterista Greg Bandy en justa de bebida y me acuerdo de lo que es andar con

semejante turbina al lado en distintas ciudades y recuerdo a Greg Bandy como a alguien completamente fantástico de forma continua.

Me acuerdo de Charlie Haden y Billy Higgins rematando un triple postre en nuestro restaurante habitual en Reggio Emilia, me acuerdo de que me sorprendieron bien alucinado en la cavilación de quién me iba a decir que yo iba a estar aquí y de Higgins que dice: «¿Qué? Como una película, ¿no es así?», y no es que me pillara, no, y me acuerdo del hermano Calvo<sup>1</sup> de los Marx cuando sigue conciertos al grito constante de «Ese Billy Higgins», a veces, incluso, cuando es éste el que está tocando la batería.

Me acuerdo de todas las músicas que he escuchado gracias al hermano Calvo de los Marx, admirador de Billy Higgins. [65]

Me acuerdo del baterista Bill Goodwin, relajado, después de seminario, en Valencia: «Al jazz sólo te puedes dedicar si es porque tienes que hacerlo, por dinero o por cualquier otra cosa ... para eso no te dedicas al jazz, es mejor que no lo hagas».

Me acuerdo de Doc Cheatham, decano del jazz, hablándome de la Rambla de Barcelona del año 28, ya octogenario, en el 90, en Nueva York, y aún tenemos a Doc Cheatham, historia del jazz ambulante, cantante y sonante: hablar con él es como marchar a la aventura del tiempo, a la Memoria, madre de las Musas.

Me acuerdo de una copla peruana: «Se me olvidó que te olvidé, a mí que nada se me olvida», pero de lo que no me acuerdo es de por qué me acuerdo, será un disco rallado.

Me acuerdo de Jeanne Lee cantando, escribiendo poemas, bailando soul, instruyéndose en palmas flamencas, me acuerdo de a quién bendijo, me acuerdo de Jeanne Lee cantando.

Me acuerdo de Randy Weston y de la sensación de unión familiar que produce entre quienes en uno u otro momento le tratan próximamente. Me acuerdo de que Randy Weston es un verdadero coloso de la música afroamericana y me acuerdo de él escuchando el piano de Nat Cole y me acuerdo de todas las músicas que no había escuchado hasta escuchar sus discos.

Me acuerdo del profesor chileno, enseñante en Italia, autor de un magnífico trabajo sobre Julio Cortázar, cuyas señas se extraviaron, me acuerdo de sugerirle retomar el contacto, querido amigo.

Me acuerdo de los conciertos de Miles Davis, de que él siempre fue más joven que todos nosotros y me acuerdo de comprar *Scherzo* para leer a Ebbe Traberger.

---

<sup>1</sup> Alusión al crítico de jazz Pedro Calvo, amigo personal de Javier de Cambra (nota de Jorge García).